

Título original: *Bone Music*

© 2021, del texto, David Almond

© 2024, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

© de esta edición, 2024 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: marzo de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Ilustración de cubierta: David Litchfield

Maquetación: Endoradisseny

ISBN: 978-84-19004-88-8

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 23.010-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

EL CANTO DEL BOSQUE

DAVID ALMOND

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones



SYLVIA, VALIENTE Y REBELDE, SE MUDA DE LA CIUDAD DE NEWCASTLE A LA DESOLADA NORTHUMBERLAND. NO SE ADAPTA A SU NUEVO ENTORNO ENORME, SILENCIOSO, EN EL QUE, EN APARIENCIA, NO HAY NADA. Y ENTONCES CONOCE A GABRIEL, UN NIÑO EXTRAÑO PERO QUE LE RESULTA FAMILIAR.

Mientras pasean juntos por los bosques y colinas, Sylvia empieza a ver la naturaleza de otra forma. Se da cuenta de que el pasado está por todas partes, incluso en el interior de ella misma. Con el hueso hueco de un ala de gavián crean una flauta como las que se usaban en los rituales más antiguos. Sola, durante una noche mágica, Sylvia retrocede en el tiempo, conecta con la prehistoria y vuelve a su esencia ancestral, convirtiéndose en una versión de sí misma más llena de vida. Regresa a la ciudad, dispuesta a enfrentarse a las oportunidades y los desafíos del mundo moderno.



A Freya

Se oía como un fantasma. Se había despertado en plena noche. ¿Qué era aquella especie de música? ¿Algún animal con problemas, alguna extraña ave nocturna? ¿Algún alma perdida que vagaba por los páramos? ¿O solo era un sueño?

¿Qué cosas salvajes y extrañas había en aquel lugar?

Se levantó de su estrecha cama, fue hacia la ventana, apartó las finas cortinas y se decidió a echar un vistazo.

Nada.

Oscuridad por todas partes.

Abajo, la calle oscurecida, la oscuridad de la tierra ondulante, la negrura del bosque más allá del pueblo, la luz de una granja muy muy a lo lejos, un pálido brillo en el horizonte, al sur, la inmensidad del cielo lleno de estrellas.

El ruido se volvió más suave, más melódico. Como el de un silbido, como el de una flauta, como el de un pájaro.

Sylvia se extrañaba más y más a medida que le llegaba la música. Entornó los ojos e intentó distinguir algo.

Nada.

Era como si hubiese soñado eso mismo antes, como si saliera de su interior a la vez que le llegaba de fuera, como si hubiese oído eso mismo en otra ocasión. Pero ¿cómo era eso posible? No era posible.

«Deja de pensar tonterías, Sylvia —se susurró a sí misma—. Deja de ser tan rara».

Volvió a abrir los ojos del todo, miró las estrellas, las galaxias, las grandes espirales y los grupos de luces. Era el universo, girando, danzando en el tiempo. ¿Por qué era tan enorme? ¿Por qué era ella tan pequeña?

¿Y qué diablos estaba haciendo en ese lugar tan vacío y antiguo?

La música empezó a entrecortarse, perdió de nuevo su melodía, se convirtió en una serie de lamentos y chillidos, como si no hubiese sido capaz de albergar su dulzura. ¿Eso que había en la oscuridad de la linde del bosque era una silueta humana en movimiento? ¿Estaba entrando en él? ¿O todo seguía siendo un sueño?

La música se detuvo. Sus extraños ritmos se quedaron en el interior de Sylvia. Una pequeñísima estrella o algo así cruzó lentamente los cielos negros y brillantes.

¿Por qué la había llevado allí su maldita madre? ¿Qué cosas tan extrañas sucedían en aquel lugar? ¿Qué cosas tan extrañas vivían en aquel lugar?

No obtuvo respuestas.

Se alejó de la ventana y volvió a la cama.

Miró su móvil. No tenía cobertura.

Ansiaba regresar a la ciudad, ansiaba tener cobertura de nuevo.

«Para, Sylvia —se dijo a sí misma—. Tranquila. Solo serán un par de malditas semanas».

Cerró los ojos.

La danza en su mente se volvió más y más lenta y entrecortada.

Se durmió.



—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien, mi amor?

La mañana siguiente. Su madre, en la pequeña cocina, mientras echaba muesli en dos boles. Otro bol en la mesa, con bayas; yogur, una cafetera. La mujer removió el café y lo sirvió, después echó por encima una espiral de leche blanca. Vapor y el delicioso aroma a rosas.

—Ah, hoy toca la Sylvia silenciosa, ¿no? —siguió.

Se acercó a su hija y la abrazó.

Sylvia se encogió de hombros.

—Sí —murmuró.

Empezó a remover los cereales y las bayas en su bol, una y otra vez.

En el suelo estaban las cajas de comida que se habían traído y una de vino tinto. Y los cuadernos y los lápices y las pinturas y los pinceles y los cuchillos y las paletas y los lien-

zos de su madre. Un par de caballetes contra la pared. Un cuadro a medio hacer con un paisaje desértico. Un puñado de fotos esparcidas.

—¿Oíste algo? —preguntó Sylvia.

—¿Qué?

—Por la noche. Como una especie de música.

—No. He dormido como un tronco, gracias a dios.

—¿Como un tronco?

—Quizá sea por la oscuridad. No lo sé. Quizá por el silencio.

—¿Algo nuevo sobre papá?

—No. Seguro que está bien. Siempre le ha gustado el silencio. Estará tomando algo con sus amigos en un hotel de cinco estrellas. Espera un momento, ¿vale?

—¿Qué? ¡Mamá!

Ahora su madre tenía un lápiz y un cuaderno en las manos. Estaba dibujando, abocetando.

—Levanta un poco la barbilla —le pidió.

—¡No!

—Tengo que volver a coger la costumbre, ¿no? Gírate un poco a la izquierda.

Sylvia frunció el ceño.

—Sí, me gusta esa expresión —dijo su madre—. Quédate así un momento.

—¡Mamá!

—Tranquila, Sylvia. Si hay novedades, ya nos llegarán. Ni que estuviéramos en Mongolia. ¿No es así?

—Pues lo parece.

—No estamos ni a ochenta kilómetros de Newcastle. Bueno, y ¿qué clase de música era?

Sylvia volvió a encogerse de hombros.

—No sé. Supongo que ninguna. Debía de estar soñando.

Miró por la ventana. Casas pálidas al otro lado de la estrecha calle, la luz del sol, la linde del bosque, una colina oscura a lo lejos. Un pájaro negro pasa aleteando, después otro y otro más. Otros pájaros, docenas de ellos, mucho más alto, trazando espirales. Y cielo, cielo, el maldito e inacabable cielo.

—Por aquí se oye mucha música —dijo la madre—. Flautines, violines. Quizá había un baile en alguna parte.

Sylvia suspiró.

¿Un baile? ¿Qué clase de bailes iba a haber por allí?

—Creo que voy a... —empezó a decir.

—¿Crees que vas a qué?

Volvió a fruncir el ceño. Sí, exacto: ¿qué se creía que iba a poder hacer por allí? ¿Volver a pie a la ciudad? Se levantó y cogió el abrigo de detrás de la puerta. Cogió la bufanda. Abrió los brazos. Su madre no se movió, siguió dibujando.

—Voy a hacer lo único que puede hacerse por aquí, mamá. Voy a abrir la puerta, salir a la nada, darme la vuelta y entrar de nuevo.

—Buena idea, cariño. Que vaya bien el paseo. Ponte las botas.

¿Las botas? Ni hablar. Se puso sus zapatillas de tela azul pálido.

Su madre volvió a abrazarla. Ella se dejó.

—Va a ser bueno para nosotras —le dijo—. Unos días fuera, en un lugar bonito. ¡Y, por dios, alejarme un tiempo de esos niños!

—Los quieres mucho.

—Sí, pero necesito tomarme unas vacaciones de ellos.

Sylvia apretó los puños y se quedó totalmente inmóvil.

—Lo siento. Sé que necesitas esto, mamá.

—Gracias, cariño. Y ahora vete.

La chica abrió la puerta.

Había una brisa helada. Había un cielo sin límites.

Resopló y salió fuera.

—No te pierdas —le dijo su madre con voz cariñosa.

Posó una mano en la espalda de Sylvia y le dio un empujoncito hacia delante.



Así era el pueblo: dos hileras de estrechas casas de madera, la mayoría emblanquecidas por el tiempo, algunas pintadas con colores supuestamente alegres, amarillo, naranja, una de un púrpura increíblemente horrible; cada una de ellas tenía un pequeño jardín y una valla baja con una puerta. Un puñado de flores danzando con la brisa. Unos pocos coches, un par de camionetas, un par de furgonetas blancas. Una cabina telefónica abandonada hacía mucho. Una larga y baja cabaña con CENTRO SOCIAL BLACKWOOD pintado. Un póster desgastado con una mala foto de un violín y varias gaitas. Otro póster que decía:

REFAUNACIÓN DEL NORTE

¿Debería volver el lince?

En él había un dibujo del animal en un bosque, las orejas alzadas, el pelaje manchado, la cabeza vuelta mirando al observador.

Sylvia sonrió al leer la pintada que cruzaba la imagen:
¡SÍ! Y los leones y los tigres y los osos.

—Sí, y el ñu —murmuró—. Y el elefante y el oso hormiguero y el canguro.

Siguió por el único camino, que estaba lleno de baches.

Llegó a una pequeña iglesia de madera gris con tablas que cubrían las ventanas y candados en las puertas. Había un crucifijo muy antiguo en la punta triangular del tejado lleno de agujeros entre las tejas. Un Jesucristo descascari-llado colgaba torcido de un único clavo que le atravesaba la palma, meciéndose inestable por la brisa. Debajo, en la pared, había un mensaje pintado:

Murió para que nosotros viviéramos

En un extremo del pueblo, la calle se estrechaba y se convertía en un camino de tierra que conducía hacia el bosque oscuro. En la otra dirección, llevaba a amplios espacios llenos de luz. Sylvia dio media vuelta y se dirigió hacia la claridad. Había unas pocas personas. Un anciano de aspecto frágil

con una gorra blanca estaba sentado en una silla de madera ante la puerta de su casa. Alzó una mano, saludándola.

Ella le respondió asintiendo con la cabeza.

—Tú debes de ser de los Allen —dijo él. Su voz tenía un fuerte acento, pero de otro lugar. Europeo.

—¿Los Allen? —preguntó ella.

—Diría que sí.

Era cierto, claro. Se trataba del apellido de soltera de la madre de Sylvia.

—Sí, supongo que somos los Allen.

Él cogió una taza a rayas de la mesita que tenía a su lado y echó un trago.

En el alféizar de la ventana había una hilera de piedras perfectamente ordenada.

—Yo me llamo Andreas Muller —dijo él. Tenía ojos amables y húmedos—. Hola.

Sylvia no se quedó allí. No tenía ganas de hablar. No se le ocurrió decirle su nombre.

Siguió caminando. Tras las casas, en un trozo vallado de tierra gris, había un pequeño parque con columpios que soltaban chirridos mientras un par de niños los usaban.

Pensó en Maxine. Había dicho que llamaría. Miró su móvil. No tenía cobertura. Faltaría más: por supuesto que allí no iba a tener maldita cobertura.

Muy alto, en el cielo, unos pájaros daban vueltas y chillaban.

Siguió avanzando. El camino serpenteaba por entre el terreno baldío con apenas unos helechos. No había nada de

tráfico. En el borde del pueblo, un cartel junto al camino, que también se había estrechado hasta convertirse en solo de a pie, señalaba al norte, hacia la nada. Tenía una caricatura de un excursionista feliz en plena marcha. Sylvia se detuvo. Aquello era lo más al norte que había llegado nunca, lo más lejos hasta donde se había aventurado. Brezos, helechos, tojo amarillento, un millón de ovejas esparcidas por el lugar. Muros de piedra, arroyos. Unas cuantas casitas de campo destruidas que en el pasado debieron de formar parte del pueblo. Una granja desvencijada con borregos gordos que apenas se movían. El campo, el páramo, como se llamara, y rocas negras y peñascos con puntas afiladas que se volvían motas y bultos oscuros a medida que se alejaban hacia el horizonte increíblemente lejano.

Y, por encima de todo ello, el vacío, enorme cielo.

Y, atrás, el pueblo, el oscuro bosque que parecía infinito.

Allí era donde la madre de Sylvia había sido niña. Le habían contado de cuando era pequeña. Había visto las fotos, había visto los cuadros. Sabía exactamente cómo iba a ser el lugar, aunque por entonces aún no la habían traído nunca. ¿Por qué lo hacían ahora, si ella era una chica de ciudad?

Cerró los ojos, negándose a ver todo aquello. Contuvo las lágrimas.

«No seas tonta», se dijo a sí misma. «Pronto estarás de vuelta en casa».

—¿Quieres ser mi hermana?

Sylvia parpadeó, se dio la vuelta.

Un niño con vaqueros y camisa blanca, pelo rubio largo.

Ella se fijó, más allá, en que el columpio ahora estaba desocupado.

—¿Quieres? —insistió él—. Aún no tengo ninguna.

—Ni siquiera te conozco.

¿Por qué se molestaba en contestarle?

—Eso no importa —siguió el niño—. Si acabara de tener una hermana aún no la conocería, ¿no? Y ella a mí tampoco.

—Vete.

Él no se movió.

—No —contestó Sylvia por fin—. No quiero ser tu hermana. Vete. Vete.

El niño rio.

Tenía los ojos grandes, azules, brillantes.

—Ya tengo un hermano —dijo—. También sería tuyo.

—No quiero un hermano. Y no te quiero a ti. ¿Por qué iba a querer tenerte como hermano?

—Se llama Gabriel —continuó él—. Sería como en los viejos tiempos.

¿Los viejos tiempos? ¿De qué diablos hablaba?

—Cuando estaban todos los niños —explicó.

Ella se dio la vuelta y empezó a encaminarse hacia la caricatura del excursionista.

—¡Me llamo Colin! —exclamó él a su espalda.

Siguió andando.

—¡Y yo sé que tú eres Sylvia Carr! —añadió Colin.

—No lo sabía, gracias —murmuró ella, cínica.

No se volvió. Siguió adelante. El camino hacía una pequeña subida. Buscó algún cartel, alguna señal. Se apretó el

cuello de la camisa contra la garganta. La brisa la rodeaba y giraba a su alrededor, le hacía revolotear el pelo. El suelo era blando, húmedo. A veces aparecía una agüilla oscura bajo sus huellas. Algo se escabulló por entre la hierba. Un halcón solitario sobrevolaba un risco.

Y, muy a lo lejos, un avión negro pasó a poca altura por encima del horizonte, bello, elegante, veloz, silencioso, como si no fuese a hacerle daño ni a una mosca.



Su padre se burlaba cordialmente de su madre llamándola niña de bosque. Niña salvaje. Decía que había sido compañera de ciervos y zorros.

—O hasta de osos. ¿No había osos cuando eras pequeña?

—Sí —respondía ella—. Y lobos y antes.

De más joven Sylvia se creía todo eso. Sonreía y soltaba risitas cuando su padre le sostenía la barbilla para mirarla fijamente a los ojos.

—Tú también lo eres —le decía él—. La hija salvaje de una mamá salvaje. Dentro llevas algo de zorro, algo de águila. Se ve que yo soy el único civilizado de nosotros.

La verdad era que su madre solo había pasado allí los primeros seis meses de su vida. Habían construido el poblado para los trabajadores del bosque, que es lo que era el abuelo de Sylvia, el padre de su madre. Habían plantado el bosque, lo habían ayudado a crecer, lo habían cultivado. Se convirtió en uno de los grandes bosques del norte. Pero los tiempos

cambiaron: empezó a haber más máquinas, se necesitaban menos humanos. Su familia, y también muchas otras, se fueron en busca de otro trabajo, otra vida. Su abuelo montó la pequeña confitería en Heaton Road. Nunca regresó al pueblo.

Y tampoco la madre de Sylvia, hasta ahora, en que había ido a crear arte, a alejarse de todo, llevándose a su hija.

Se ajustó más el cuello. Seguía sin cobertura. Hoy Maxine estaría con Francesca. Por la noche irían a escuchar jazz al Live. Mickey iba a ser el batería. Era su primer concierto.

Oyó toda clase de ruiditos por todas partes. El viento hacía murmurar a la hierba. De haber sabido cómo era aquello, Sylvia se habría puesto las botas de excursionismo que su madre le había comprado e insistido en que trajera. El agua que se filtraba le había empapado y oscurecido sus zapatillas claras de tela. Tenía los pies mojados. Agua por todas partes. Brillaba en los pequeños charcos del camino, goteaba, refulgía en los arroyos y descendía por las colinas. A medida que iba ascendiendo empezó a ver la oscura superficie de Kielder Water en la distancia. El oscuro y denso bosque parecía brotar de sus orillas.

Pasos a su espalda.

El niño ese otra vez. Colin. Jadeaba. Había estado caminando rápido.

—Tengo que enseñarte una cosa —dijo.

Sylvia soltó un bufido.

—¿Quieres verlo? —insistió él.

Se agachó y tiró de un manojito de hierba. Arrancó un